

este asiento, me someto á sus fallos, estoy pronto á obedecer. ¿Nos sentamos?

Concha se dejó caer en la silla.

—¡Gracias! dijo el general con una efusion de ternura increíble.

Los criados se acercaron para hacer platos.

Concha finja comer.

El general habia abierto una brecha: el gallo habia luchado como valiente.

## CAPITULO XVII.

### LOS POLLOS FRITOS.

**E**AS primeras diligencias judiciales acerca de Pio Blanco, habian dado ya lugar á que por la secuela de la causa se viniera á resolver la importante cuestion de la pena.

Al llegar las cosas á este punto, los pollos alegres se tornaron en asustadizos: porque un *rum rum* fatídico habia resonado como el graznido del gavilan sobre la cabeza de los pollos.

Este *rum rum* era esto: la última pena.

Pio Blanco empezó á verlo todo negro delante de sus ojos.



El primer día del *rum rum*, Pio Blanco no comió pastelitos, ni bebió copas, ni estuvo decididor.

Le dolía la cabeza.

La muerte tiene irremisiblemente su lenguaje, su expresión políglota; hasta los pollos la comprenden.

Y nos proporcionan la honra de llamar á un pollo reo de muerte, *un pollo frito*, valiéndonos de una de las frases que hemos oído, (y no es cuento), en boca de los mismos pollos: «*estoy quemado, estoy tostado, estoy frito.*»

Pio Blanco, según él mismo decía, estaba frito.

La negra imagen de la muerte, cariacontecía al pollo insustancial; pensaba, por la primera vez en su vida, en algo muy serio, se figuraba ahorcado, sacado á la vergüenza, escarnecido.

En tal grado de abatimiento y desazon, lo encontró una de sus cotidianas visitas.

—¿Qué tienes, Pio? te veo triste, le dijo el pollo recién venido, que era en efecto otro barbilindo como Pio Blanco.

—Nada, contestó este.

—¿Cómo nada? estás triste.

—Es cierto.

—¿Pero qué motivo?

—Anda el *rum rum* de que me sentencian á muerte. El barbilindo entonó una carcajada en octava alta.

La carcajada del pollo tiene algo de la escala cromática. Por otra parte, es muy difícil que un pollo se ría solo. Pio Blanco rió también.

¡Que hermosa es la edad de la risa! la risa es el pio de los pollos, y todos los pollos pian al mismo tiempo.

—¡No seas estúpido! continuó.

(El *carnet* de donde está tomada esta historia conserva el tipo original del lenguaje expresivo de los pollos, que no es para libros. Nota del autor.)

—¿No consideras, continuó el barbilindo de la escala cromática, que la horca es para los *mecos*?

(En el calor del pollo, *meco* es *pobre*. Esta es otra nota del autor.)

—Sí, replicó Pio Blanco; pero dicen que el juez es muy malo.

—Por malo que sea ¿crees que siendo yo sobrino del gobernador?..... ¡bah! ¡bah! ¡pues no faltaba más! Yo te garantizo que no te hacen nada. La levita, chico, es una garantía social; ¿á cuántas *personas decentes* has visto ahorcar?

—Eso no impide que pudiera yo ser la primera.

—No estás solo en el mundo, tienes amigos, tienes relaciones. No hay más que ver tu prisión convertida en tertulia, no hay más que oír las conversaciones de las muchachas en Bucareli, en el teatro, en todas partes, para convencerse de que entre el reo de muerte y tú hay una distancia considerable.

Por otra parte, continuó el pollo tomando ese aire solemne peculiar de este bípedo, ese aire de personaje en ciernes, con el que el pollo toma actitudes cómicas, hil-



vana frases pomposas, y sazona su conversacion con una que otra blasfemia de piloto ó de carretero.

Este pollo estaba retratable, se habia puesto á horcadas en la silla, apoyando los brazos en el respaldo, y prosiguió de esta manera:

—Por otra parte, chico. Si tú has matado á Arturo, fué en un lance de honor del que nadie está exento, y en probando que fuiste provocado y conducido por honor al sitio del combate, te salvas irremisiblemente.

—Tienes razon; y por otra parte, yo creo que no hay ninguna ley que obligue á un hombre á ser cobarde.

—Ya se vé que no la hay.

—El tuvo la culpa.

—Mira, en eso hay su mas y su menos.

—¿Por qué?

—Porque tú le enamoraste á Concha.

—Parvedad de materia, chico; él me habia enamorado antes á otra y no me quejé ni la eché de guapo: bien es que no consiguió nada.

—¿Y tú?

—Ya sabes, chico, ya me conoces.

—¡Pobre Arturo!

—Puedes creer que lo siento y te aseguro que yo no creí matarlo: el tiro de mi pistola lo disparó el diablo, porque yo no me acuerdo haber apretado.

—Lo que yo creo que sucedió fué, que tú, asustado, estiraste por un movimiento nervioso.

—Eso ha de haber sucedido. ¿Conque tú crees que no me condenarán?

—Estoy seguro. Ya sabes que cierta persona muy amiga nuestra está en el negocio, y sobre todo, ¿sabes á quien vas á deber tu salvacion?

—¿A quién?

—A Andrea.

—¿Es posible?

—Es infatigable en sus empeños, y la pobre está tan afectada que no habla de otra cosa.

—Pues no ha venido á verme mas que una vez.

—Como tu cuarto está siempre tan concurrido.

—No debo quejarme.

—Como que no se habla de otra cosa en todo México.

—Mira que lindo *bouquet* (un pollo nunca dice ramo) me han regalado las Gonzalez.

—¡Holal dijo el pollo mirando de reojo un lindo ramo de pensamientos, heliótropos y violetas.

—¿Y lo has descifrado?

—Naturalmente: ya sabes que las Gonzalez son fuertes en el lenguaje de las flores, y yo.....

—¿Y qué has sacado en limpio? ¿qué es lo que dice ese *bouquet*?

—Dice: "Pensamos en tu amor, jóven modesto."

—*Pensamos*, repitió el pollo visitante, lo comprendo por los *pensamientos*. "En tu amor.....

—Por el heliótropo morado y blanco, interrumpió Pio Blanco.



—*Modesto* por las violetas; pero la palabra *jóven* no la comprendo.

—Mira este clavel rojo en boton que está en el centro de las violetas.

—Es cierto.

—Esa es una de las conquistas que pensaba hacer.

—¿Y ya no lo piensas?

—¿Pero qué quieres que haga en este maldito cuarto?

—Pronto saldrás, y te ofrezco acompañarte á hacer tus primeras visitas para ser testigo de la emocion que vas á causar, porque despues de todo, chico, un lance como el tuyo lo hace subir á uno en la estimacion de las gentes.

Llegaban aquí cuando se abrió la puerta de la habitacion y aparecieron el alcaide, el escribano y un escribiente con dos soldados.

Venian á llevar á Pio Blanco ante el juez, para dar nuevas declaraciones.

Pio Blanco se puso descolorido y salió, custodiado hasta llegar á la presencia del juez.

Apenas salió Pio Blanco de su habitacion y fué percibido por los presos del patio, se levantó un murmullo sordo y llegaron distintas á los oidos del pollo algunas frases por este estilo:

—Oye, tú, ¿qué *levita-ba*?

—Pues será lo *roto*.

—¿*Pos* qué tambien?

—¡No digol *¡cuantimás!*

Pio Blanco se puso encendido como el boton de clavel

de su gran *bouquet* porque comprendió la intencion de aquel *caló* insultante.

En seguida compareció ante el juez.

Pio Blanco estaba en verdadero punto de pollo frito.

Aquel aspecto imponente y severo del ceremonial, aquellas figuras grasientas y repugnantes de los empleados del juzgado y de los adláteres, tinterillos, apoderados y reos, mas ó menos taciturnos é indisplícites; algunas mugeres de mala vida en acecho en los corredores y avenidas de los juzgados; el ruido incesante de los presos que vagan en los patios; el trajin de los destinados á la limpieza; el cerrar de puertas y cerrojos; el golpeo seco de los fusiles de los centinelas y escoltas de los reos que se cruzaban en varias direcciones, y ese conjunto de sonidos solo peculiares del lugar donde la ley reúne al criminal y á la justicia, todo produjo en el ánimo de Pio Blanco una emocion indescribible.

Se nos habia olvidado presentar á Pepe á nuestros lectores, y vamos á cumplir con esta prescripcion de la buena crianza.

Pepe era uno de esos pollos que brotan de la noche á la mañana, como la flor de San Juan; de esos pollos que empluman en chiribitil y se exhiben el dia menos pensado, ingresando sin ceremonia á la carpanta.

Por lo que á nosotros toca, dirémos que Facundo se lo encontró un dia en el jardin del Zócalo cuando este jardin llevaba poco tiempo de plantado.

Hé aquí las circunstancias de su conocimiento.



Una masa compacta de curiosos avanzaba precipitadamente, disputándose ver algo de lo que pasaba á un señorito elegante que sostenia acaloradamente un altercado con dos guardas diurnos.

Era un pollo cuyas mejillas aparecian color de cresta, en virtud del bochorno que estaba sufriendo.

El pollo era Pepe.

Tenia en la mano un cuerpo de delito.

Este cuerpo de delito era una flor.

—Yo no la he cortado, decia Pepe.

—Y á mí qué? le contestaba un diurno ex-carbonero, esa es la orden del señor Trigueros.

—Pero esto es una injusticia.

—Despues se quejará con *quen* corresponda, decia el otro diurno ex-veterano.

—Que se lo pongan, agregó un policía de á caballo recién metido á hombre de bien.

—Que se lo pongan, repitió un muchacho; ¡que se lo pongan! gritaron cien voces en coro, y el grupo ansiaba ver la repetición del espectáculo, que algunos dias habia sido ya la diversion de los transeuntes.

Pepe dirijia en vano sus miradas inquietas en derredor de sí, buscando una alma caritativa que lo pudiera librar del tormento que le amenazaba; pero los diurnos que para testarudos nacieron, hacian gala de su rigor y de su celo por el cumplimiento de la ley.

Varias veces se acercó Pepe al oido de sus verdugos ofreciéndoles una propina; pero no habia remedio, aque-

llos caribes no se dejaban seducir, pues su firmeza era el resultado de estas tres cosas:

En primer lugar eran indios; en segundo lugar tenian armas; y en tercero, se trataba de un ser indefenso; de manera que de las brascas negativas pasaron sin dificultad á las vías de hecho.

La negra mano de uno de los diurnos tenia asido el brazo espigado del pollo, mientras el otro ejecutor le colgaba á Pepe, á guisa de escapulario, un tablita blanca con este letrero: «*Por destructor.*»

Apenas sintió Pepe Pardo el sambenito se reveló y empezó á retorcerse y á sacudirse entre los dos guardas que le ajaban los cuellos y los puños de la camisa, daban al traste con el *chic* del peinado y la corbata, y hacian del pobre pollo la mas descompuesta y ridícula figura que puede imaginarse. El concurso reia con un buen humor admirable, porque todo aquello, en último resultado, no era mas que una escena cómica sin trascendencias: los gritos de la multitud crecian por momentos y aquel rumor estrepitoso de risas iba trayendo á un centro como hormigas á muchos transeuntes, á los concurrentes al átrio de Catedral, á los cocheros del sitio que formaban el mosquito mas imponente y mordaz, á los cargadores, á los vendedores de golosinas y á todo el mundo.

Los empleados en el ministerio de la guerra abrieron algunos balcones, los centinelas de palacio llamaron al cabo cuarto para denunciarle al peloton de gente, conforme á ordenanza; los empleados del gobierno del Distrito



abrieron también sus balcones, y ansiosos salían á contemplar la práctica de la providencia gubernativa con esa satisfacción propia del que dicta, escribe, lleva ó comunica las órdenes superiores, y por lo tanto está colocado sobre las víctimas.

Codeando, empujando y abriéndose paso con mil trabajos al través de aquella masa compacta de curiosos, caminaba Pio Prieto en socorro de su desgraciado amigo Pepe, hasta que logró colocarse á su lado.

—No seas bárbaro, Pepe, le dijo Pio cuando estuvo á su alcance; tú no sabes la Biblia.

Y tomándolo del brazo se disponía á marchar con él en medio de la escolta que ya era de ocho guardas de policía; pero viendo que se resistía, le quitó el rótulo del cuello y se lo plantó Pio con aire de triunfo, y comenzó á andar, llevando del brazo á su amigo en medio de un aplauso general y de la risa de los concurrentes.

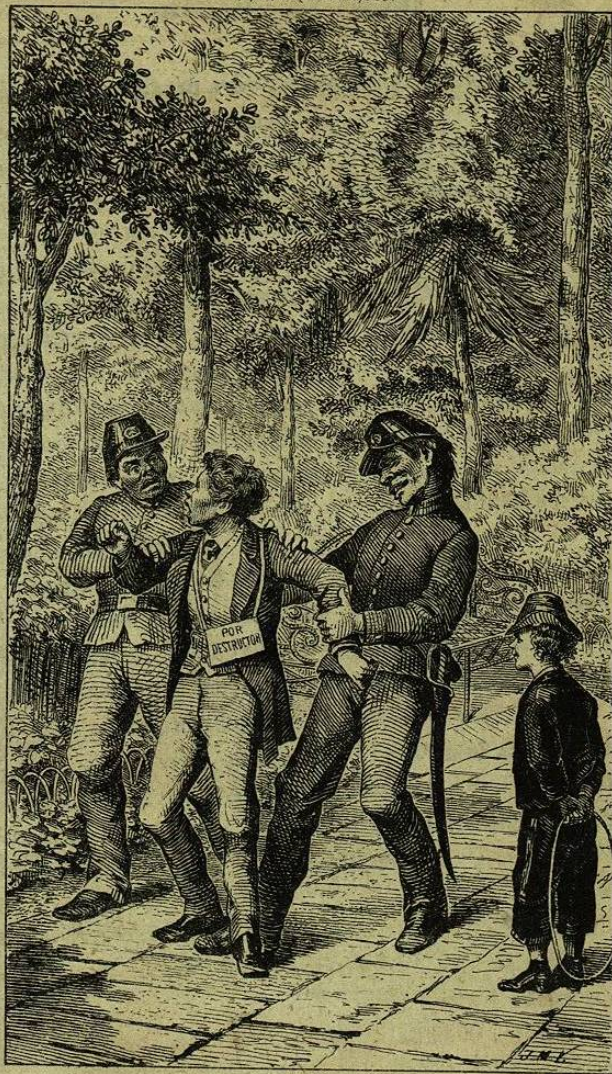
Pio con esa vivacidad y desenvoltura propia del pollo, se contoneaba, hacia cucamonas y reía con los curiosos, procurando dar á aquella escena el carácter de un verdadero juguete.

Pepe respiró y comprendió cuán torpe había sido en resistirse.

Los pollos dieron cabales las dos vueltas prescritas en la orden, en torno del jardín, y devolviendo el cartel á los guardas les dijo Pio:

—Ea, muchachos, á ponérselo á otro, porque ya me cansó esa tabla. ¡Adios, hijitos!

ENSALADA de POLLOS.



Por destructor.



Un nuevo aplauso acabó de acreditar á Pio y de lisonjear su vanidad de calavera.

La reunion se disolvió, y Pio Prieto y Pepe se dirijieron acto continuo á la pastelería de Plaisant á tomar un ajeno, licor muy á propósito para aturdirse despues de las pasadas emociones.

Pepe Pardo era hijo de un sastre de Morelia: á los catorce años y en virtud de esa ley de que hemos hablado, que mejora las generaciones, encontró un dia muy prosaico el dedal y muy oscuro el porvenir: comprendió que en Morelia, siendo hijo de Pardo el sastre, no podia aspirar á nada; y hurtando un dia á su padre cincuenta pesos, declaró su independenciam y se echó á andar por esos mundos de Dios.

Oscuro, pobre y desarrapado, llegó á México, y hubiera descendido hasta la última degradacion, si un señor muy caritativo no le hubiera proporcionado una plaza de dependiente; y si hemos de creerlo á él mismo, no conoció á su madre, ni tuvo jamas noticias suyas.

Pepe Pardo vivia, pues, como el pez en el agua. Como no sabia hacer otra cosa que medir, era dependiente de una casa de comercio, en la que sus patrones no creian haber encontrado en Pepe otro Ciceron.